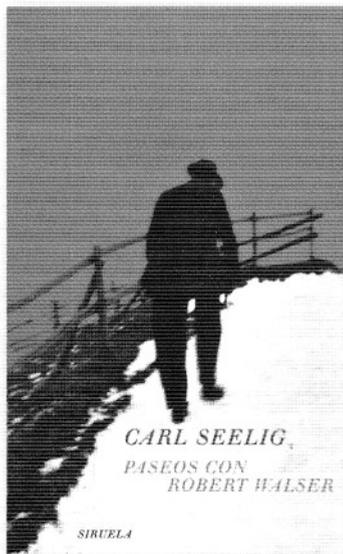


Eugenio Sáenz de Santa María

ROBERT WALSER O LA DEMENCIA ITINERANTE

Quizá para compensar una vida atribulada y extravagante, la muerte de Robert Walser (Suiza, Biel 1878-Herisau 1956) pueda considerarse el contrapunto de paz y calma que su espíritu convulso necesitaba. Una muerte metafórica de un *Bartleby* suizo que quiso hacer de su cotidiano vivir una obra literaria hasta el último momento, entre paseos, silencios y la atenta mirada a los detalles que el autor buscó como referente inmediato de su inspiración. Quizá sin saberlo, el autor fue persiguiendo en el frío intenso de una mañana del día de Navidad de 1956 el sosiego que su mente desquiciada le había negado durante toda su existencia. Quizá, en fin, en la ingenuidad lúcida que alumbró su metódico alejamiento de todo y de todos, Robert Walser decidió escribir su último texto sobre la blanca superficie de la nieve de las inmediaciones del psiquiátrico donde voluntariamente se había recluido. Había salido a pasear, un día que podemos imaginar frío, limpio, luminoso, apacible y sereno, con la compañía amarga de su locura, y no volvió. Lo encontraron muerto sobre la nieve, al fin tranquilo y quieto tras setenta y ocho años de una vida atribulada.



Porque Robert Walser siempre fue un *outsider*, uno de esos seres con los que a veces nos cruzamos en la vida que se demarcan del resto por su particular manera de vivir o de excluirse o de desasosegarse por la realidad. Un loco que, quizá, no tenía otro destino que el de su propia locura, consecuencia de una ingrata herencia familiar de la que, como todo legado, recibió una esquizofrenia que se hizo patente desde muy joven. Robert Walser fue un eremita itinerante que conoció infinidad de oficios y hogares (aunque puede que

esta palabra resulte un poco inapropiada en su caso), tan habituado al cambio, a la novedad que hizo de ese desarraigo una manera de vivir, la única que él conocía y la única que realmente amaba. Un poeta y narrador que conoció un éxito relativo y que murió en silencio, sobre la nieve nueva que rodeaba su último refugio.

Robert Walser era el antepenúltimo hijo de una familia de ocho hermanos, de los que varios antes que él mismo murieron por culpa de esa enfermedad mental hereditaria que marcó, en el cruel juego del azar o del destino, el del propio escritor. Su formación académica termina a los ca-

torce años, y posteriormente recibió lecciones de contabilidad aunque en un principio la vocación de Walser caminaba por los derroteros del teatro. Pretendió ser actor, pero al parecer la fortuna o el talento, o puede que las dos cosas, no le acompañaron, así que comenzó muy joven con un largo catálogo de oficios de muy distinto tipo, pero que en ocasiones rayaban el servilismo. Como ese Bartleby de Melville, Walser trabajó principalmente de oficinista en una compañía de seguros, aunque también fue aprendiz de librero, bibliotecario y mayordomo de un aristócrata en un castillo de Silesia. Humildes trabajos que le llevaron a su vez, como el trotamundos que él era, por ciudades de toda Europa: Bailea, Zurich, Viena, Stuttgart, Munich, Berlín, Ginebra, Berna. Incluso en alguna de estas ciudades llegó a tener 14 domicilios, así que no es raro que él mismo dijera: "Una maleta es toda tu casa en este mundo".

A pesar de estas ocupaciones, Robert Walser vivía con grandes estrecheces económicas, lo que unido a la difícil relación que siempre tuvo con los editores, nos da una idea de la sensación de fracaso vital que debía de sentir el escritor. Pero un eremita como era él, un nómada vital poco podía necesitar.

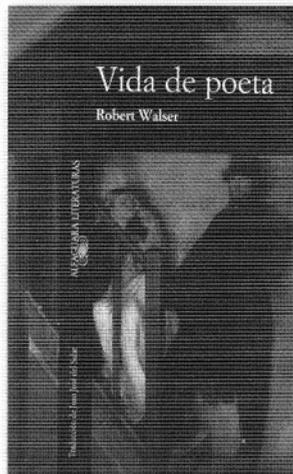
Frecuentó la poesía, el teatro y la narrativa. Hasta que voluntariamente ingresó en el manicomio de Herisau, tuvo tiempo y talante para escribir *El estanque*, *El genio*, *Mundo*, *Los muchachos*, *Poeta*, *Cenicienta*, *Dos hombres*, *El soldado*, *El servicio militar*, *Relatos breves*, *El Paseo* (posiblemente una de sus obras más conocidas), *La rosa*, *Seeland*, *Theodor*, *Vida de poeta*, *Jacob von Gunten*,

Los hermanos Tanner y *El ayudante*. Dueño de una prosa que fluye con la cadencia de sus largos paseos, de su delectación por los detalles, por las descripciones con vida propia, con sus personajes cotidianos, Walser merece los elogios que sus contemporáneos le dedicaron y la atención que últimamente, como una victoria pírrica de su ambición o su tesón, se le está prestando a sus escritos.

Pero no vamos a analizar la obra de Walser, sino que en estas líneas vamos a atisbar, si ello es posible, la fascinante existencia del escritor, su inevitable relación con la locura y la soledad, su apuesta por la desaparición en vida. Y al reflexionar sobre este aspecto del escritor es forzoso no pensar, décadas más tarde de la desaparición del suizo, en el poeta Leopoldo María Panero, actualmente recluso por voluntad propia, al igual que Walser, en un manicomio, atiborrado de literatura y tabaco; verbalizando, a diferencia de Walser, su locura; dando un paso al frente, al contrario que el suizo, haciendo patente su presencia en nuestra sociedad. Fascinándonos en fin con su dolor oscuro, su esquizofrenia paranoide, descarada, vio-

lenta y lúcida, erudita y triste, que nos da a entender que somos nosotros, y no él, quienes estamos atrapados en la cárcel de la locura. Sin saberlo, los dos entendieron que la locura es estar ausentes, cada uno a su manera y cada uno en su época. Estar sin estar, silencio contra un manantial inagotable de palabras, dos caminos tortuosos de manifestar la triste soledad de la demencia.

Nuestro protagonista fue admirado y seguido durante años por un importante número de celebridades de



la literatura: Kafka (que se lo leía en voz alta a sus amistades y con quien, en ocasiones, se le confundió), Cannetti, Walter Benjamín, Robert Musil, Herman Hesse o el mismísimo Knut Askilsen, a quien su fiel Virginia leyó los textos de Walser en su retiro de Londres, cuando ya la ceguera se había cebado en sus ojos cansado. ¿Alababan todos ellos su calidad por lo excéntrico del personaje, por el morbo mal entendido de ensalzar a un loco?

¿O más bien estos grandes escritores eran sinceros y admiraban la prosa de Walser? En todo caso no era desconocido para todos ellos. Decía Canetti de él que "un personaje tan singular como Walser no hubiera podido inventarlo nadie" Podemos imaginar que Hesse, por su parte, no mentía cuando aseguraba que "si Walser perteneciera a los espíritus dirigentes, ya no habría guerras, y si tuviera cien mil lectores, el mundo sería mejor".

Robert Walser decidió desaparecer, no constar, callarse para siempre a los cincuenta y cinco años y no volver a escribir, sino dedicarse a pasear y dejar la vida pasar a partir de su reclusión en el psiquiátrico. Es curiosa la observación que hizo Canetti respecto a esta retirada voluntaria, comparando el manicomio con un monasterio, el lugar elegido por muchos para buscarse en medio del ruido y la furia del mundo exterior.

A partir de entonces Walser enmudeció. Muchos son los que piensan, cuando ven la filigrana a lápiz de sus microgramas (que hoy podemos leer gracias a un trabajo inmenso de descifraje) que esa manera extravagante de escribir respondía a un síntoma de su demencia. Nada más incierto, ya que, como él mismo aseguraba a su último amigo y editor Kart Seelig cuando éste le preguntó, en



una de sus visitas al centro sanitario, si volvería a escribir "...con esa pregunta sólo se puede hacer una cosa: no responderla". No se puede saber con certeza qué le llevó hasta Herisau, si fue un destello de lucidez o bien siguió los consejos amables de su hermana Lisa o que le empujara una extraña manera de hacerse ver: desapareciendo. Quizá se fue para que lo buscaran, para que lo echaran de menos, se escondió en-

tre enajenados para no llamar la atención y con su silencio provocar la atención de un público que le fue, en gran medida, ajeno. O más bien cabe la posibilidad que errara el cálculo de su importancia ya que no era un Salinger o un Pynchon. Es difícil saber qué pasa por una mente desquiciada y no es descabellado especular con que Robert Walser se fuera sencillamente porque ya lo había dicho todo y abundar sobre lo dicho le hubiera parecido una pérdida de tiempo o una traición a sí mismo.

Al final nos queda una obra y una vida que, ambas, se salieron de la norma y han trascendido al personaje que terminó siendo Walser. Nuestro protagonista terminó por voluntad propia en nada, convertido en silencio y abrigado por la soledad de sus paseos, ingenuo o lúcido, y la muerte quiso venir a visitarle un día apacible, dejando su cuerpo mortal sobre el manto de nieve. Vila-Matas, que incluyó al autor suizo en su *Bartleby y compañía* y en su *Doctor Pasavento*, cuenta en una entrevista que fue a visitar el manicomio donde se recluyó el escritor. Y que más tarde se acercó al cementerio donde se le enterró en 1956. Y, como no podía ser de otra forma, se encontró la tumba apartada de todas las demás, en un rincón prominente del campo santo. Solo. Rodeado de silencio.